DISCURSO PRONUNCIADO POR EL NUEVO DOCTOR BERNARD POTTIER

Excmo. Señor Rector Magnífico
Excmas. e Ilmas. Autoridades
Miembros del Claustro Universitario
Señoras y Señores

NO podía imaginar, cuando crucé la frontera franco-española en Irún en 1945, que empezaba una larga caminata aragonesa, que me iba a conducir hasta esta Universidad en tan solemne Acto.

Mi buena estrella me llevó a estas provincias por casualidad, y se lo voy a contar brevemente.

Recién licenciado en lengua y literatura españolas en el año 1944, trataba de encontrar en las librerías parisinas textos de interés para seguir estudiando la materia.

Un buen día, topé con un libro de Fernández de Heredia cuyo título era:

GESTAS DEL REY DON JAYME DE ARAGÓN

editado por R. Foulché-Delbosc. Al final decía: «Sociedad de bibliófilos madrileños, 12 pesetas».

Al hojearlo, me di cuenta de que venía escrito en una lengua que sonaba a castellano, pero con formas raras que desconocía en aquella época, de modo que, dada mi inclinación por la filología, lo compré en seguida.

Éste fue el punto de partida de un recorrido a través de más textos del área aragonesa que logré consultar, y de ahí salió una tesina sobre varios aspectos lingüísticos de dichos documentos.

En el año 1945 Francia mandó a tres becarios a España, los primeros después de la guerra mundial. Fui uno de ellos. Cuando supe que los destinos eran Santander, Madrid y Jaca, elegí éste último por relacionarse directamente con mi nuevo campo de investigación.

En aquel primer curso de verano, tuve la suerte de conocer a varios de los grandes maestros que daban conferencias para la juventud hispanista, como Francisco Ynduráin, Carlos Corona Baratech y José Manuel Blecua.

En Jaca aprendí mucho. Empecé siendo alumno y luego volví años más tarde a dar conferencias gracias al incansable y dinámico director de los Cursos de Verano, nuestro amigo Don Serafín Agud. No puedo olvidar tampoco los contactos con el cuerpo docente, excepcional, entre ellos los profesores Don Félix Monge, Don Tomás Buesa y Don Manuel Alvar.

Con éste último me inicié en los secretos de la encuesta dialectal, ya que me llevó a varios de los pueblecitos que formaban la trama de su trabajo sobre *El habla del Campo de Jaca*.

Entre 1945 y 1950 escribí algunos artículos sobre formas gramaticales aragonesas, y aunque sé que sólo eran obras de juventud, me impresiona ahora ver que en esos volúmenes del *Archivo de Filología Aragonesa* donde fueron acogidos, figuraba yo al lado de Martín de Riquer, Samuel Gili Gaya, Francisco Ynduráin y Manuel Alvar.

Aproveché también los Cursos para conocer algo de las hablas pirenaicas. Recuerdo los estudios que entonces pude consultar, los trabajos de Ricardo del Arco o las publicaciones en dialecto cheso de Domingo Miral:

> No t'espantes muyto Emilia
> que puyo por la ventana,
> ya m'en tornaré á bashar
> cuando á tú te dé la gana.

La jota, sí, la conocía muy bien, ya que, para cumplir con mi completa «aragonesización», había aprendido en París varios bailes españoles, y, entre ellos, la jota aragonesa. Todavía me encanta tocar las castañuelas.

Paralelamente me interesé por los *Inventarios aragoneses* publicados por Serrano y Sanz en el *Boletín de la Real Academia Española*. La riqueza del léxico era notable y su análisis salió en la revista suiza *Vox Romanica*. De ahí y de otros documentos saqué complementos que integró Juan Corominas en su Diccionario etimológico.

Vuelvo ahora a Juan Fernández de Heredia.

Hace poco fue un verdadero placer leer el maravilloso libro de las Actas de la reunión de 1995 sobre Juan Fernández de Heredia y su época, publicado el año siguiente por Aurora Egido y José María Enguita. Reapareció naturalmente como esencial el problema de la caracterización de la lengua (o de las lenguas) de las obras heredianas, en particular a la luz de los trabajos fundamentales de la especialista sueca Regina af Geijerstam.

Siempre me llamaron la atención las diferencias entre los tipos de textos en los siglos XIV y XV, y concuerdo con la conclusión de Vicente Lagüens Gracia en estas mismas Actas. Dice (p. 354) que para

> la caracterización rigurosa del «aragonés común» escrito [...] es imprescindible la comparación de las versiones heredianas con otros textos aragoneses coetáneos de tipo foral y cancilleresco.

Por eso, me voy a referir a un reciente libro de mi colega de la Universidad de Pau, Jean-Pierre Barraqué, sobre *Saragosse à la fin du Moyen-Âge* (París, L'Harmattan, 1998), en el que publica varios testamentos redactados en Zaragoza por los años 1362-1365, y en los que salen muchísimas formas «clásicas» del aragonés de la época, como:

> dreyto, muller, lexar, cincientos, trobar, cremar, aferes, prengo, ensemble, encara, sines, entro a, enta, el sobreplus, francament et quita (*cf.* francas e quitas).

y en el mismo documento:

> apres mi fin

alterna con

> despues que yo seré finado.

Creo, en efecto, que habría que tomar como base estos documentos y ver luego qué otras particularidades ofrecen —y no son pocas— los textos heredianos.

Me parece que cada una de las obras del Maestre es relativamente homogénea. Otro problema es considerar el conjunto de los textos: entonces aparecen claramente la heterogeneidad y los problemas de filiación tan bien analizados por los especialistas.

Se puede decir, creo yo, que en los siglos XIV y XV hay tres grandes variedades de lenguas utilizadas en Aragón:

— las hablas orales pirenaicas

— la lengua escrita usual en los documentos jurídicos

— la hiperlengua literaria realizada siempre en sus variantes, según la historia externa e interna de cada texto.

Se ve por las Actas citadas que los estudiosos españoles y extranjeros siguen trabajando intensamente en este campo.

Personalmente, sin olvidar nunca mis primeros pasos aragoneses, seguí con mi interés por la lengua española, en la península y en América, con la constante preocupación de relacionar las descripciones con la teorización de lingüística general. Creo que el estudio comparativo de las lenguas, sobre todo cuando proceden de familias distintas, como es el caso de las lenguas amerindias que tuve la oportunidad de examinar, lleva a una reflexión sobre la necesidad de confrontar lo específico de cada una de ellas con lo común, esto es, las categorizaciones universales. Es un tema muy debatido pero fundamental en una visión abarcadora del funcionamiento de las lenguas.

Si se observan las grandes tendencias actuales en los estudios románicos, se nota que, sobre todo, se consideran, por una parte, los aspectos estrictamente lingüísticos, o sea, la morfosintaxis, y, por otra, las condiciones de comunicación sociopragmática. Yo me propuse investigar los espacios que se pueden llamar «conceptuales» entre las intenciones del hablante condicionadas por el entorno y la elección de los signos o semiotización que él hace para construir su discurso. Hablamos para transmitir sentido y escuchamos para comprender un sentido.

La semántica, en todos sus aspectos, desde lo más concreto hasta lo más abstracto, me parece la base de cualquier consideración global sobre el lenguaje.

Hace dos años tuve el placer, a invitación del Departamento de Lingüística General e Hispánica, de Doña María Antonia Martín Zorraquino, de presentar aquí mis opciones teóricas durante un Seminario al que asistió un público muy asiduo e interesado en la problemática de los distintos aspectos de la comunicación.

Hoy me siento muy honrado por la decisión de esta Universidad de otorgarme el título de Doctor Honoris Causa, y expreso a las Autoridades y a mis Colegas mi profundo y sincero agradecimiento.

Para concluir, señalaré una oportuna coincidencia. Al final de la Crónica de Morea aparece el nombre del copista, y reza así:

> Bernardus est dictus qui scripsit, sit benedictus
> De Jaqua uocatur qui scripsit, benedictus. Amen.

Bernardo de Jaca.

¡Mi tocayo de hace seis siglos!

Bernard Pottier